

to, á quien ella consideraba como á un hijo, subió en un coche con su anciana doncella Marcela Rivet para ir á tomar el tren á Milán. Llevaba consigo á aquella hija del crimen, de quien su madre, en un acceso de locura y desesperación, acababa de renegar.

La niña dormía.

Mecida por el movimiento del coche primeramente, y después por la trepidación del tren, no hizo otra cosa durante aquel viaje, que debía durar bastante tiempo.

Al día siguiente, á cosa de las ocho de la noche, la condesa se detuvo en Vichy, hospedándose en un hotel de la calle de Nimes.

Vichy, en aquella época, era casi un desierto.

Sus huéspedes de la estación no llegan más que á primeros de junio ó últimos de mayo.

El hotel estaba casi vacío.

Aquella misma tarde, la señora de Arvil se dirigió á casa de un notario, con el cual había tenido negocios referentes á las compras de unos dominios considerables algunos años antes.

Tan pronto como la criada del notario hubo pronunciado el nombre de aquella retrasada visita, hizo que fuese introducida con la precipitación que todos los hombres de negocios tienen para los privilegiados poseedores de capitales importantes.

El señor Pilet-Desbuttes, á pesar de lo avanzado de la hora, estaba aún en su despacho.

Tenía fama de aplicado, y en efecto, trabajaba desde por la mañana hasta por la noche, y algunas veces desde por la noche hasta por la mañana.

Quando los habitantes de Vichy pasaban por delante de las ventanas del notario y veían luz, decían invariablemente:

—El señor Pilet está aún dándole á sus papeletes. ¡Qué hombre!

Se levantó de su sillón y se dirigió al encuentro de su antigua cliente, diciéndole con una extrañeza fácil de comprender:

—¡Vos, señora condesa! ¡En Vichy!... ¡En esta época!... Y tan tarde... ¿Qué causa os trae?

Ella le preguntó con tono seco:

—¿Estamos solos?

—Sí.

—¿No puede oírnos nadie?

—Nadie.

—¡Pues bien, dadme una silla, porque me estoy cayendo de cansancio, y os lo voy á decir!

XVI

En donde se hace conocimiento con un hombre muy de bien.

Si la señora de Arvil había escogido Vichy como término de su viaje, á pesar de la distancia y de las dificultades del camino con una criatura que acababa de nacer, era porque tenía sus motivos. Quería separarse de aquella niña, que después de todo era su nieta; pero no quería abandonarla sin protección y sin esperanzas de recuperarla.

Conocía al señor Pilet-Desbuttes desde hacía mucho tiempo.

El presidente de Arvil tenía en gran estima á aquel perfecto notario.

Tenía la costumbre de pronunciar delante de su mujer y de su hija con énfasis el elogio de aquel hombre cuando le enviaba cada seis meses el importe de las rentas de los bienes que le administraba.

Era según decía un hombre de una probidad sin tasa, un excelente notario y un consejero de las familias.

Después de la muerte de su marido, la condesa no había tenido queja del señor Pilet Desbuttes.

Había recibido íntegramente el importe de sus rentas.

¿Qué más podía pedir?

Estas cosas no se olvidan.

Además hay que decirlo.

En vida del presidente, y la condesa después de su muerte, no pensaban como la generalidad de las gentes.

No decían de él más que estas palabras.

—Es un hombre de la Edad de Oro.

¿Y qué motivos tenían para pensar de él de otro modo?

El señor Pilet Desbuttes era en aquella época un hombre tan largo como un día sin pan, tan delgado como una caña, de cara muy fina, con una nariz en forma de pico de loro, barbilla saliente, carrillos hundidos, dos ojos rojizos, de gran viveza llenos, de una dulzura infinita cuando quería darles esta expresión, largos brazos, manos afiladas y dedos huesudos, casi sin carne, bajo aquella piel de color de pergamino.

Su cara en conjunto era la de un anacoreta y su cráneo, aunque en aquella época no tenía más de cincuenta años, no estaba rodeado más

que de una sencilla corona de cabellos lacios y blanquecinos.

El señor Pilet Desbuttes no tenía por lo demás más que una coquetería, ocultaba su calvicie bajo un gorrito de terciopelo negro que le sentaba perfectamente.

Nadie le había visto sin aquel gorro.

Se completaba por decirlo así, formaba parte íntegra de su individuo.

Se afeitaba tan amenudo, que nadie había conocido un solo pelo de barba en su cara; su levita dos más veces ámplia que lo necesario, le llegaba más abajo de las tibias á manera de cascaca.

En una palabra era una tipo.

Su aspecto no podía ser más austero.

No era casado y decían que era muy rico; pero rico en toda la acepción de la palabra.

No se trataba de una fortuna pequeña de provincia. Los más moderados evaluaban en ciento cincuenta mil francos lo que había ido ahorrando cada año desde hacía veinticinco.

Porque no gastaba nada.

El lujo de su casa no le podía arruinar sin disminuir en nada la afluencia de clientes.

En el salón los muebles eran escasísimos.

¡Y qué salón!

Su cuarto era digno de un trapense, y el comedor solo tenía un mal aparador, una mesa mucho más mala y unas cinco ó seis sillas aun peores.

—¡Vanidad de vanidades!

Todo el mundo se extrañaba de no ver escritas estas palabras sobre la puerta de su casa.

El papel de su despacho era de un verde

amarillento, tapado en sus tres cuartas partes por unos estantes de madera de pino llenos de polvo.

Su mesa de despacho estaba llena de cortaduras, que hacía indudablemente con un cortaplumas, durante las meditaciones que le sugerían sus numerosos negocios.

¡Pero qué reputación tenía! ¡Qué crédito!

Señaló á la condesa un enorme sillón, todo destrozado y tapizado de un cuero que tenía el mismo color que unos cuantos libros encuadernados con pergamino que tenía en un rincón y dijo:

—Me extraña mucho vuestra visita, señora condesa. ¿Qué os sucede?

—Una aventura que creo inútil explicaros. Tengo prisa... Hé aquí el hecho principal. ¿Me escucháis?

—Soy todo oídos.

—Una joven, por la cual me intereso, ha cometido una falta... una falta grave... ¿Lo oís bien?

—Perfectamente, sí, señora condesa. Esta falta ha tenido sus consecuencias.

—Lo acabáis de decir. Consecuencias que es preciso ocultar al mundo, con tanto más interés cuanto que esta joven se va á casar y adora á su futuro tanto como su futuro la adora á ella... No busqueis más explicaciones... Ningun interés pueden tener para vos.

El señor Pilet llevó el gorró más á la frente y dijo con el tono de un confesor:

—Podéis estar tranquila, señora condesa, no comprendo nunca lo que no quieren que entiendan.

—Continúa. Os decía, que esta causa inex-

plicable, á menos que no haya sido causada una locura repentina, una debilidad pasajera, un momento de extravío, había tenido consecuencias deplorables.

—Os comprendo.

—Una niña que no quieren reconocer, siendo el padre un hombre indigno y que además ha desaparecido—no tratéis de comprender,—y sin embargo no quieren dejar á la niña en la Inclusa; en una palabra, abandonarla. Me han consultado, han solicitado mi ayuda, y yo me he encargado, no sin cierta repugnancia, de arreglar las cosas... Si he consentido, es porque sabía que tendría un consultor seguro...

—¡Señora condesa!

—¡De incontestable probidad!...

El señor Pilet Desbuttes se inclinó, poniéndose colorado de modestia.

—En una palabra—terminó diciendo la señora de Arvil,—porque os estimo, creo que vos seréis un confidente de una discreción á toda prueba con quien se puede contar por completo. ¿No es así?

—Estoy á vuestras órdenes, señora condesa.

—He aquí lo que he pensado... La familia de la joven es rica.

—Buena.

—Muy rica.

—Mejor.

—Se ha podido quitar la falta haciendo un viaje al litoral, poniendo por pretexto la salud.

—No está mal.

—La criatura ha nacido... Está en Vichy.

—¡Ah!

—Entregada á los cuidados de una mujer en quien tengo confianza como en mí misma,

pero que necesito conservar á mi servicio.

—¿De modo?...

—De modo que quisiera encontrar una familia de honrados aldeanos... ya propietarios ó colonos... conocidos vuestras y á quienes pudierais ver á menudo... vigilarles.

—Y que se encargaran de criar la niña.

—Precisamente.

El señor Pilet se acarició suavemente con los dedos la nariz, como si de ella hubiera querido extraer una idea; se frotó después las palmas de las manos como hombre que busca la solución de un problema, y con los ojos fijos en el techo de su despacho dijo:

—La cosa es delicada, pero creo que tengo lo que buscáis.

—¿De verdad?

—¿No tenéis interés en que la niña sea criada en el mismo Vichy?

—No, con tal que donde la llevemos haya buen aire y las personas á quienes la confiemos sean buenas, honradas, cuidadosas y decentes...

—Las tengo en la mano. Un joven matrimonio que se contenta con poco.

—¿Qué habrá que darles?

—Algunos billetes de mil francos que les pongan al abrigo de las necesidades.

—¿Cuánto?

—Lo que queráis.

—¿Bastará con diez mil?

—Será para ellos un tesoro, la lluvia de oro de Danae... Dispensadme, señora, que evoque esta imagen en semejante momento.

—¿Y ese matrimonio vive?...

—En Aubignac... más allá de Randau... en el Puy-de-Dome.

—¿En qué se ocupan?

—El marido es un pobre diablo, un jardinero que está al servicio del marqués de Caylus, los Caylus-Chamillard...

—Le conozco... ¿Muy rico, verdad?

—Inmensamente, señora condesa; pero el castillo que el marqués posee en el Puy-de-Dome está completamente deshabitado, hace más de diez años que los dueños no vienen á él. Como es natural, la mujer del jardinero vive con su marido. Es un matrimonio muy unido y apreciado, tanto más á la mujer, cuanto que la he tenido á mi servicio.

—De modo que su moralidad es indiscutible.

—Seguramente.

—Volvamos á nuestro asunto. De modo que decíamos que le daríamos diez mil francos por encargarse de la pequeña,

—Dejad eso, corre de mi cuenta... Quizás no pidan tanto.

—Poco importa. Se les daría otro tanto en el caso de que la joven llegase á los dieciseis años, esos asuntos los arreglaréis vos con ellos.

—Sí, si, yo me encargo.

—Además, todos los años les entregaréis una cantidad de mil quinientos francos para gastos de manutención.

—Ya decía yo... una lluvia de oro—añadió sonriendo el notario.

—Y en fin—añadió la condesa,—depositaré en vuestras manos una suma de ciento veinte mil francos, capitalizando lo que quede libre de la renta, hasta que la niña se case ó llegue á su mayor edad, desquitando de los intereses los mil quinientos francos del gasto anual.

—Eso se llama obrar con generosidad.

—Me han dado plenos poderes. En cuanto á la educación de esta niña, nos ocuparemos más tarde. Puedo deciros, sin embargo, que sería muy natural darle una que esté en relación con su posición. Supongo que cuando esté en su mayor edad tendrá de ciento cincuenta á doscientos mil francos.

—Mucho más señora condesa... ¡Fiaros en mí! Yo me encargo de hacer fructificar el capital.

—Si la casualidad hiciese—es preciso preverlo todo—que yo no pudiese daros instrucciones por una causa ó por otra, en caso de muerte, por ejemplo...

—¡Oh! señora condesa.

—Obraríais según os lo aconsejase vuestra conciencia. Nadie sabe á quien he confiado la niña.

—¿Nadie?

—Sí.

—¿Ni la madre?

—La pobre joven no está en estado de saber lo que pasa á su alrededor. Su vida y su razón están comprometidas... ¿Podéis enviar á vuestros protegidos?

—Mandaré á buscarlos al amanecer... Mañana, á las diez de la mañana, estarán aquí.

—Está bien.

—¿Y este depósito ha de permanecer secreto entre nosotros?

—Seguramente. Por razones inútiles que no debo explicaros, deseo que mi hija no sepa nada de estas confidencias y que no llegue ni aun á sospecharlo.

La condesa se levantó.

—¿Estáis seguro de que ese jardinero acepte?

—Sin ningún género de dudas.

—¿Es un hombre honrado?

—¿Si no lo fuera, hubiera pensado en él?

—¿Tienen hijos?

—Un hijo muy joven.

—¿Cómo decís que se llama?

—El marido Juan Chavarux, la mujer Claudia Rognat... Son nombres de aldeano, no descienden naturalmente de las cruzadas, pero respondo de ellos.

—Pues bien, puesto que respondéis de ellos, podemos desde este momento arreglar el asunto.

—¿Tanta prisa corre?

—Debo tomar el tren inmediatamente que haya visto á ese... ¿cómo habéis dicho?

—Juan Chavarux.

—¿Queréis escribirme ese nombre? O más bien, es inútil. Me enviaréis toda clase de datos... á París... dentro de cinco ó seis semanas. No he de estar allí antes de esa época.

—Como queráis.

Al salir de Lugano, la condesa de Arvil había tomado sus precauciones. Colocó sobre la mesa unos fajos de billetes de Banco, puestos á propósito; un fajo contenía ciento veinte mil francos, dos de diez mil y el cuarto treinta mil.

—Este último es para vos, señor. Os ruego que le aceptéis, como premio del servicio que prestáis á la amiga que me ha encargado esta delicada misión.

El señor Pilet-Deslouttes no hizo ni un gesto de satisfacción al ver aquel maná que caía en su caja.

Sin contar los billetes, dijo:

—Es demasiado, es demasiado, señora condesa.

Después, con la indiferencia de un hombre de bien para el vil metal, los tiró en un cajón de su mesa, cuya llave se guardó, preguntando:

—¿Estáis segura de la cantidad?

—Sí.

—Asunto terminado. ¿Cuándo os veré, señora condesa?

—Mañana por la mañana, y si creéis que es necesario, no tenéis más que mandarme á ese...

—Juan Chavarux.

—Al hotel donde vivo, en la calle de Nimes.

—¿El hotel de Bretaña?

—Precisamente. Preguntarán por la señora Rivet, que es la mujer que me acompaña y cuida á la niña.

—Está bien.

El señor Pilet escribió este nombre en el margen de un periódico.

El notario era muy económico.

La señora de Arvil continuó:

—Deseo que en vuestras entrevistas con esa gente no se hable de mí, que no se pronuncie mi nombre.

—Podéis estar tranquila.

—Todo debe quedar entre nosotros. Solo vos me escribiréis dándome datos de la niña.

—Comprendido.

—Os instituyo tutor suyo. La protegeréis, ¿verdad?

—Os lo prometo.

El notario pronunció estas palabras con cierta ternura llena de emoción.

Era un cómico de primera.

—¡Pero no me habéis dicho cómo se llama mi pupila!

—Es verdad. ¿Donde tengo la cabeza!... Era un detalle en el que no había pensado...

Dió un nombre á la casualidad, el primero que se le vino á la memoria.

—Aurora Milton—dijo, acordándose de la villa donde su hija la esperaba.

—¿Ha nacido en?...

—¿Necesitaís saberlo?

—Como queráis—dijo maliciosamente el notario.—¿Es cuestión de confianza! Sí creéis...

—No—dijo vivamente la condesa.—Os daré por carta todos esos datos.

—¿Está bautizada?—dijo con compunción el señor Pilet.

—No... iba á decíroslo. Os encargareis de hacerlo.

—Con mucho gusto. Encargaré á los Chavarux que lo cumplan... ¿De padre y madre desconocidos?

—¡Sí!

El astuto notario no insistió.

Sabía ya demasiado.

Tenía entre sus manos el hilo por el cual, en caso de necesidad, encontraría el ovillo.

Acompañó á su cliente hasta la puerta, y allí ella le dijo:

—Selo vos conoceis los pasos que acabo de dar; nadie más lo sabrá en este mundo. ¡Adiós!

—No, hasta la vista, señora condesa.

La condesa era la que tenía razón al decir adiós.

Aquella debía ser en efecto su última entrevista.

Cuando volvió á su despacho el señor Pilet, respiró fuertemente.

Pensó, apretando los labios y acariciando su grasiento gorro:

—¡Qué cosas más raras ocurren en este mundo! Esta pobre mujer quiere engañarme no diciéndome el origen de la criatura, sin comprender que lo sabré el día que me interese: mañana si quiero.

—Se sentó en su sillón y anotó con cuidado los pocos datos que le acababan de dar.

«Aurora Milton, nacida el 19 ó 20 de abril de 1870.

»Traida el 22 á Vichy por la condesa de Arvil.

»Domiciliada en la avenida de Messina, en París.

»Entregada á Juan Chavarux y á Claudia Rognat, jardineros en el castillo de Aubignen, perteneciente al señor marqués de Caylus-Chamillard, el 23.

»Padre y madre desconocidos.»

Después que el señor Pilet-Desbuttes colocó bajo llave esos datos, cogió con deleite aquellos billetes de banco, los contó y los palpó voluptuosamente, los estrechó contra su pecho, las guardó en un bolsillo de su levitón, y pocos minutos después cuando aun estaba sumido en las vagas reflexiones que daban á su faz un gesto satánico, y cuyo principal pensamiento era este:

«Que la señora de Arvil hubiera podido depositar en mejor parte su confianza!»

En el momento en que su reloj marcaba las doce de la noche, dejó el trabajo y empezó á subir la escalera tan llena de polvo como los es-

tantes, y que conducía á su habitación, aplazando los negocios hasta el día siguiente.

Se tumbó á dormir con la tranquilidad del justo.

Al día siguiente, como se lo había prometido á la condesa, los Chavarux entraban en su despacho á la hora indicada.

No tenían mal aspecto, pero parecían muy ordinarios, el marido tenía unos cuarenta años de edad, había sido soldado y representaba el tipo más completo del montañés del Puy-de-Dome, fuerte, de anchas espaldas, barba, ojos y cabellos negros, cuello de toro, las manos cubiertas de vello como las de un gorila, con anchísimas fosas nasales.

Era además muy ambicioso, tenía instintos de zorro.

La mujer más delicada de formas era, sin embargo, la digna compañera de aquel habitante de la Auvernia.

Tenía de veinticinco á veintiséis años. Era tan morena como su marido, muy pequeña, robusta, fresca y gozaba de excelente salud.

Se veía á la legua.

No era fea, y su aspecto era bastante simpático.

Había estado al servicio del notario algunos años antes.

—Ya sabéis que he conservado un buen recuerdo vuestro—la dijo el señor Pilet con acento paternal.—Yo os he casado, y no tenéis motivos de queja.

—¡Caramba! No, señor Pilet, no os he dirigido nunca el menor reproche sobre este punto.

—Pues bien; voy á prestaros hoy un nuevo servicio... pero bueno.

—¿De qué se trata?

—¿Tenéis un hijo?

La señora Chavarux era muy de desahogada.

Se echó á reir.

—Vamos, demasiado lo sabéis—dijo con intención.—Un hijo... ¿Se os va perdiendo la memoria?

—Tengo tantas cosas en la cabeza...

—¡Ah! sí, es muy natural... Yo no sé cómo os las componéis para satisfacer á todos los clientes, porque ¡cuidado que pasa gente por vuestro despacho!... La casa está siempre llena; se parece á un mercado.

—Cuando se tiene un hijo se puede fácilmente criar dos—dijo el notario.

El jardinero intervino con rudo acento:

—Según de donde venga... Os aseguro que se quiere más á los propios que á los ajenos.

—Es natural; ¿pero si os pagasen bien?...

—Claro, si nos pagasen—repitió Chavarux reflexionando.

—¿Cuánto necesitaríais?

—Cuanto más, mejor.

—¿Os falta sitio en Aubiñac?

—¡Oh! lo que es por sitio no ha de quedar. Tenemos todo el castillo por nuestro, y aunque no fuera más que en las dependencias, se puede alojar en ellas un ejército...

—¿Quinientos francos anuales?—preguntó el notario.

Chavarux hizo un gesto.

—¿Es un niño de rico?—preguntó.

—¡Oh! eso no os lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Porque no lo sé.

El aldeano balbució:

—Me extrañaría mucho que hubiese cualquier cosa que vos no supiéseis. Sois el agente de policía más listo que conozco, y os pido perdón por la comparación.

—¿Podría llegarse á seiscientos ó setecientos francos?—insinuó la mujer.

—Es muy poco—añadió el marido, que olfateó un buen asunto.

De otro modo, ¿para qué le habrían ido á buscar tan temprano y tan lejos?

Desde Vichy á Aubiñac hay más de seis leguas de camino.

—Todo el dinero que os den son beneficios—observó el señor Pilet,—una niña de dos días no hace ningún gasto.

—¡Ah! ¿Es una niña?—preguntó Claudia.

—Sí, y la tendréis en vuestro poder todo el tiempo que queráis.

—¿No tiene padres?

—Sí, los tiene, pero no quieren verla.

—¡Oh!—dijo Chavarux, que reflexionaba.—Ya comprendía yo que en todo esto había un misterio!... De otro modo, á un hombre como vos, no le hubieran encargado este asunto.

Se rascó la oreja con frenesí.

—De buena gente debe proceder la niñita.

—Os digo que no lo sé.

—¡Pues yo no lo dudo!—declaró Chavarux.

—Lo menos que se puede llevar es un billete de cien francos todos los meses... ¿verdad?

—¡Oh!

—¡Mil doscientos francos al año, ó no hacemos trato!

—Es demasiado... es demasiado...—dijo la mujer, que temía perder el negocio.